

LETRAS

LETRILLAS

L&TRONES

+Cartas de Josep Pla a Manuel Aznar.

70

LETRAS LIBRES
ENERO 2014

CORRESPONDENCIA LAS CARTAS SOBRE LA MESA

XAVIER PERICAY

1932 fue un año extraño en la vida de Josep Pla. En lo profesional y en lo personal, suponiendo que ambas facetas puedan abordarse por separado sin caer en simplificaciones excesivas. Desde mediados de abril de 1931, Pla era corresponsal en Madrid de *La Veu de Catalunya*, el órgano periodístico de la Lliga Regionalista de Francesc Cambó. Ejercía, pues, de comentarista político y de cronista parlamentario en la entonces capital de la Segunda República. Pero también de hombre de partido. Tal y como revela su correspondencia con su hermano Pere y con el diputado de la Lliga Joan Estelrich, el periodista no era en absoluto ajeno a los intereses partidistas. Al fin y al cabo, trabajaba a las órdenes de quien trabajaba. Pero esa tarea multiforme quedó parcialmente truncada a fines de abril de aquel 1932, cuando Pla regresó a Cataluña. No es que dejara de escribir en *La Veu* —ni en cuantas cabeceiras españolas aparecía también, con mucha menor frecuencia, su firma—; es que ya no lo hacía a diario, ni sobre la actualidad política madrileña. Había alcanzado un estado de saturación que aconsejaba frenar y cambiar

de aires, aunque no fuera más que por un tiempo.

Se instaló, pues, en Cataluña, entre el mas de Llofríu y Barcelona, y al poco logró que su periódico lo enviara a París a realizar un reportaje sobre la Francia republicana. A mediados de agosto ya estaba de vuelta. Y si bien el viaje de ida lo había realizado con su mujer, Adi Enberg, una riña de pareja —una más de las muchas habidas hasta entonces— había provocado que Adi se volviera a Londres, donde había residido meses atrás, y Pla regresara solo a su Ampurdán natal, lo que en aquel periodo del año significaba alojarse en la casa de veraneo que sus padres poseían en Calella de Palafrugell. Y allí, quién sabe si para olvidar los malos tragos de su tormentosa relación conyugal, Pla tuvo una aventura con una veinteañera suiza, Lilian Hirsch. La aventura duró apenas una semana, pero dejó una huella epistolar. Una cincuentena de cartas cruzadas entre la joven y el escritor —la primera escribiendo desde Zúrich; el segundo, desde el mas de Llofríu, Barcelona o Madrid—, reflejo de un *coup de foudre* cuyos destellos irían apagándose conforme venciera el año.

Aun así, no todo era hojarasca sentimental en esa correspondencia que Josep Vergés, editor de Pla, hizo pública al poco de la muerte del escritor. También se percibe en ella algún que

otro proyecto profesional, como el formulado el 1 de octubre de 1932 desde Madrid, cuando Pla le dice a Lilian que ha visto a la gente de *El Sol* y a su director, Manuel Aznar; que los artículos publicados en el diario a lo largo del verano han tenido un gran éxito y que ha acordado incluso un programa —se supone que con el propio Aznar— consistente en permanecer ese mes de octubre en Cataluña escribiendo para *El Sol* sobre política catalana —el 20 de noviembre estaban convocadas las primeras elecciones autonómicas tras la aprobación del Estatuto— para marcharse luego a Alemania, lo que aprovechará para pasar por Zúrich y verla a ella. Y al que añade la siguiente coletilla —traduzco del catalán, que es a su vez una traducción del original francés—: “El director me ha dicho que tal vez lo nombren embajador de España en Roma, y quiere que yo me vaya con él como agregado de prensa. Iremos a Italia [él y Lilian, se entiende] e incluso nos ocuparemos en alguna ocasión de la prensa.”

Sin embargo, nada de eso ocurrió. Ni Aznar fue a Roma como embajador ni Pla viajó a Alemania a cuenta del periódico. Y, puestos ya a incumplir el programa, tampoco el periodista catalán escribió una sola línea en *El Sol* durante aquel mes de octubre —en que, por el contrario, sí reanudó su colaboración con el medio el



también catalán y periodista Antoni Rovira i Virgili—ni en lo que quedaba de año. O, cuando menos, nada que llevara asociada su firma. Las razones de ese fracaso pueden ser, claro, de índole muy diversa. Desde un cambio de planes por parte del propio Aznar hasta su escaso poder de decisión ante la irrupción en la empresa editora, aquel mismo verano, de una suerte de *trust* azañista capitaneado por el empresario Luis Miquel y cuyo cerebro gris era Luis Martín Guzmán, “el Mejicano”, íntimo amigo del entonces presidente del Gobierno. Pero también podría suceder que todo obedeciera, al cabo, a una confusión de Pla. O, si lo prefieren, a una sobrevaloración de sí mismo. Sea lo que fuere, detrás del mencionado y frustrado programa había un anhelo manifiesto: el de marcharse tarde o temprano de España, en busca de un horizonte mejor. Y ese anhelo puede hoy confirmarse plenamente gracias a las cartas que Pla le envió a Aznar y que un biznieto del director de *El Sol*, Javier Aznar, ha rescatado generosamente del olvido.

En efecto, a lo largo de aquel septiembre el corresponsal de *La Veu* no cejó en su empeño de convertirse en colaborador de *El Sol*. O, lo que es lo mismo, no cejó en su propósito de abandonar aquel periódico y aquel partido por los que trabajaba “a precios irrisorios” y alejarse, a un tiempo, de una realidad catalana que le interesaba “cada vez menos”—había renunciado a formar parte de las listas electorales de la Lliga— debido a la creciente “saturación de provincianismo” y a la fatiga que le producía el “caotismo” reinante. Carta tras carta, Pla le fue suplicando a Aznar que lo sacara del pozo y le diera un trabajo estable. Hasta el punto de hacerle partícipe de su drama más íntimo: “Creo que podría dar un gran rendimiento si *El Sol* me permitiera pasar seis meses del año fuera de España. [...] No quiero desde luego contratos. No puedo aspirar a tanto, pero contra la entrega de una determinada cantidad de artículos debería poder contar con una suma automática. De esto debería Vd. hacerse cargo. ¡Si supiera, Don Manuel, hasta qué extremo me fatiga a veces la sensación de inseguridad y

de intemperie en que estoy metido! Esto ha destrozado mi vida, las relaciones con mi mujer y me ha cortado las alas. He trabajado mucho y sin ningún resultado.”

Tampoco lo hubo esta vez, a pesar de la insistencia del corresponsal. Don Manuel, ya se ha dicho, nada hizo o nada pudo hacer, por lo que Pla se vio forzado a regresar a sus irrisorios quehaceres catalanes. Y, paradoja de las paradojas, tuvieron que ser una guerra civil y sus consecuencias lo que actuara como bálsamo y convirtiera a aquel periodista español en un periodista en español. O sea, lo que satisficiera sus viejos anhelos. Lástima que la doctrina del catalanismo siga sin querer enterarse. —

AJEDREZ BILLY

✎ MERLINA ACEVEDO

Los solitarios somos piezas de ajedrez que aprendimos a jugar fuera del tablero. En Harvard Square me encontré con una, un rey negro con rastas: Billy “The Magician” Collins. Billy tiene sesenta años y lleva cincuenta jugando ajedrez. Creció en una casa de asistencia en Roxbury, la dejó para vivir en la calle y lleva su casa en un carrito: una computadora, un juego de ajedrez con su reloj, algún libro, una muda de ropa. Pero en realidad, como yo, vive más tiempo afuera, en el refugio de un tablero imaginario.

Nos pusimos a jugar una tarde de junio de 2013 en Au Bon Pain. Hacía un poco de frío afuera, así que compramos café y entramos. Dos piezas de diferentes colores que movían otras piezas. Pronto nos rodeó un grupo. Siempre hay espectadores en esa cafetería, pero me sorprendió que esta vez fueran tantos. Es que Billy tiene fama de ser uno de los mejores jugadores de ajedrez rápido de Harvard Square. Ha vencido a grandes maestros como Roman Dzindzichashvili, Patrick Wolff, Farzad Abdi, y empató con Van Wely en un juego de tres minutos. En torneo les ha ganado a jugadores con puntuación mucho más alta que la suya: Alex Cherniak, David Vigorito, FM Christopher Chase y otros.

Pusimos el reloj a cinco minutos. Sacó las piezas, gastadas por el uso, de una bolsa vieja y sucia. Acomodarlas es un ritual y parte del ritual es mi manía de terminar de hacerlo antes que el contrincante, para lo cual a veces retengo una de sus piezas en la mano. (Quizá porque eso inquieta a las otras piezas, como en el poema del otro Billy Collins, el poeta:

AUSENCIA

Esta mañana en que sobre las torres
de la ciudad fluían nubes bajas

vi en el parque, al lado de una
[banca,
el marfil de una pieza de ajedrez:

era un caballo blanco,
y en el viento agitado de palomas

pensé en dónde estarían las demás,
dónde formaban filas

en sus casillas rojas, negras,
algunas muy inquietas

por el salero
que usurpaba su puesto,

y para sus adentros
anhelando el momento

en que el caballo blanco
volvería de a saber dónde

y avanzaría hacia el tablero
en su forma característica,

dando un paso adelante y otro
[a un lado
antes de continuar: esa movida

que yo le hacía hacer una y
[mil veces
en la soleada palma de mi mano.)

Yo llevaba las blancas, jugué d4 y él Cf6, movimos muy rápidamente en la apertura y pronto entramos al medio juego con una posición equilibrada.

Dicen que el ajedrez es un juego muy lento, pero nunca más he visto esas ráfagas de piezas que pasaban volando a toda velocidad, esos árboles de variantes que hay que calcular en segundos. Lo único parecido



✦ Solo somos piezas en un tablero.

a esa sensación, para mí, es la de ver las letras de los palíndromos formarse en mi cabeza. Por eso no me gusta escribirlos en papel, sino directamente en Twitter. La pantalla me presiona a pensar con rapidez, como el reloj del ajedrez, y la presión de jugar me hace sentir la adrenalina, aunque en Twitter juego contra mí misma. *Oí derrota, la dama amada la torre dio...*

Estaba muy nerviosa, no me gusta tener espectadores, me equivoqué y perdí un peón (suficiente desventaja para perder un juego entre jugadores de cierta fuerza), pero reaccioné y empecé a atacar a su rey como si mi vida dependiera de ese juego. Pronto se invirtieron los papeles y no tardé en tener a su rey acorralado en la octava fila, con mis dos torres en séptima, pero no hay que olvidar que el ajedrez es un juego de espacio y tiempo: en mi reloj estaban a punto de acabarse mis cinco minutos, poco tiempo para buscar el mate, así que tuve que darle jaque perpetuo, lo que se declara empate una vez que se cae por tercera vez exactamente en la misma posición. Así terminamos el juego y recibí un aplauso de los espectadores, que aún no se acostumbran a ver jugar a una mujer al

tú por tú contra jugadores fuertes. En los años que llevo yendo a jugar a Harvard Square, no he visto a ninguna otra mujer que asista regularmente. A veces van esposas de jugadores, como la de Larry Christiansen, pero de acompañantes o alguna señora que lleva a sus niños a jugar o a tomar alguna clase. Varios jugadores viven de dar clases particulares.

Billy y yo tenemos años de jugar en ese lugar, nos hemos hecho amigos y no me cobra, como a los demás, las partidas. Hablamos casi exclusivamente en lenguaje algebraico; es lo más cómodo: “Si hubieras movido a Tf7, Rg8, g5...”

Ese día me atreví a cambiar de lenguaje y a preguntarle qué llevaba en su carrito. Me contó que el doctor familiar le había enseñado a jugar cuando era niño, me habló de su vida en una casa de asistencia, me dijo que lleva veinte años viviendo en la calle y que gana más dinero mendigando que cobrando por jugar o por dar clases. Como a mí, no le gusta jugar por internet: disfruta el contacto humano y la adrenalina de jugar contra reloj. También le gusta escribir: lleva varios capítulos de una novela, *Fallen Angel*, y ha publicado algunos en *Spare Change*

News, un periódico local publicado por The Homeless Empowerment Project.

En el fondo no éramos tan diferentes. Los dos habíamos vivido en un tablero casi toda la vida, pero él no se ha podido salir.

Hace poco lo encontré a pidiendo limosna en la calle. Encogido por el frío, apagado y sin poderes, muy distinto del hablantín vivaracho que mueve las piezas, parecía una pieza perdida fuera del tablero, comida por el rival. No era la primera vez que me lo encontraba pero, nerviosos, nunca pasamos de “Hi, Billy”, “Hi, Hilda”. Esta fue la primera vez que me animé a darle algo de dinero. Quedamos en jugar al día siguiente en un lugar más tranquilo, sin tantos mirones, como el Starbucks que está a dos cuadras, pero se averió su computadora y no pudimos comunicarnos. Lo esperé dos horas jugando con Andrey Froim (un maestro ruso sesentón que vive de jugar por dinero ahí mismo), pero no llegó.

Dicen que el hombre con el que juego ajedrez en el parque lleva años jugando solo. —

POESÍA EL VASO DE GOROSTIZA

✦ ANDRÉS SÁNCHEZ ROBAYNA

El vaso de agua es un pequeño, cristalino depósito de imágenes. O, como dice el mexicano José Gorostiza, “un encendido vaso de figuras”. El tamaño de ese depósito no está en concordancia con la multiplicidad de imágenes que genera. Su simplicidad y su transparencia, por otra parte, parecen oponerse—solo en la pura superficie— a toda idea de complejidad o de dificultad conceptual. Sin embargo, el vaso de agua es capaz de conciliar o reconciliar—¿nos atreveremos a decir: de *desposar*?— imágenes muy diversas, que pueden incluso llegar a ser contradictorias. Nupcias imposibles, al menos en apariencia, pero tan claras al fin como el agua misma en juego.

Pocos poemas como *Muerte sin fin* han sabido ofrecer una imagen más rica—y más compleja— del vaso de agua. Se trata, en realidad, de la metáfora central

del poema. Una metáfora doble: la del agua (la materia indeterminada, lo amorfo) y la del vaso (la forma).

A partir de ahí, las metáforas se desencadenan, se multiplican.

¿Qué significan estas dos metáforas erigidas en símbolos? —se pregunta Ramón Xirau—. El agua, en cuya imagen el poeta, nuevamente Narciso, se descubre, significa, de manera general, lo informe, lo móvil, lo vital. También en Heráclito el agua —el río— era portadora de movilidad. El vaso, molde posible de las aguas, significa, alternativamente, forma, esencia, inteligencia. Entre estas dos metáforas se sitúa el vaivén de imágenes de *Muerte sin fin*. El agua quiere llegar a ser el vaso (“atada allí gota con gota”), cree haber llegado a identificarse con el vaso que la contiene; pero el agua no es nunca el vaso; la existencia no alcanza nunca a ser esencia, acabada, plena, hecha y derecha.

Si, por una parte, el agua nunca acaba de adoptar la forma que aspira a conseguir, por otra parece tener conciencia —*clara conciencia*, diríamos— de la necesidad de esa forma. El propio sujeto lírico se identifica con el agua buscadora de forma, de modo que el vaso llega a ser para él una metáfora de Dios y de las fuerzas que ordenan el mundo. El vaso parece dar sentido al agua, justificarla. Porque el agua es identificada con una sustancia fluida, el tiempo, y el vaso representa una detención, una cristalización del tiempo.

Aunque el agua se reconoce a sí misma “en la red de cristal que la estrangula”, el diálogo de agua y vaso acaba reconociendo igualmente que se trata de dos entidades distintas. Sí: el vaso amolda el agua (el alma), que alcanza así una forma, pero el vaso es, al fin y al cabo, materia solamente, una frágil materia. El vaso no es sino una “máscara grandiosa” de Dios, una forma ilusoria de este. La “red de cristal” es una pura imagen o, más bien, un espejismo. Todo lo existente, y todos los existentes, se encaminan a la muerte, a la *muerte sin fin*.

Y, puesto que “el vaso en sí mismo no se cumple”, no podemos sino concluir que el agua, al fin, se ahoga en el vaso de agua:

Pobrecilla del agua, ay, que no tiene nada, ay, amor, que se ahoga, ay, en un vaso de agua.

También el vaso de agua, finalmente, se desvanece, “se arrastra en secreto hacia lo informe”. La muerte es la única realidad, y la nada su emblema más cierto. Todo, en fin —incluidas la forma pura y sus representaciones: inteligencia y esencia, conciencia y tiempo—, se dirige a la “noche perfecta”. Todo

se abandona al designio de su muerte y se deja arrastrar, nubes arriba, por ese atormentado remolino en que los seres todos se repliegan hacia el sopor primero, a construir el escenario de la nada.

Por supuesto, sería injusto —más aún: erróneo— pensar que la imagen y los sentidos del vaso de agua sintetizan o resumen la significación del poema en su conjunto. Es preciso, sin embargo, subrayar la riqueza y la polivalencia de un motivo poético que en manos de José Gorostiza alcanza insólitos reflejos y resonancias.

En ese poema, diríamos, el vaso de agua parece desbordarse. O, para decirlo con el propio Gorostiza en una de sus “Notas sobre poesía”: “La poesía ha sacado a la luz la inmensidad de los mundos que encierra nuestro mundo”. —

CIENCIA LA BIOLOGÍA DEL ALTRUISMO

✎ M^a TERESA GIMÉNEZ BARBAT

Hay un programa televisivo que no se deben perder. Por lo menos hay que verlo una vez. Se llama *Tiene arreglo* y lo emite TVE, por la tarde, con la andaluza Toñi Moreno como presentadora. El objetivo es que cualquier persona en situación de necesidad solicite ayuda para que el espectador “solidario” que lo esté viendo entre en directo para socorrerla. Existen todo tipo de demandas: pago de deudas, el sufragio del emprendimiento de un negocio, llenar el frigorífico, tratamientos dentales, etc. Le han llovido reproches por su supuesta explotación de las miserias y dramas de ciudadanos

necesitados, y por hurtarle al gobierno su obligatoria responsabilidad asistencial. Sin embargo, también es una oportunidad fascinante para asistir a una catarsis emocional que saca a la luz rasgos profundos de nuestra naturaleza que son hoy en día objeto de interés privilegiado por parte de la biología y de las ciencias centradas en nuestra evolución como criaturas sociales.

En *Tiene arreglo* vibra la emoción, estallan sollozos de alegría y se da rienda suelta a la compasión y al agradecimiento. Es difícil resistir una llamada que se dirige a nuestros centros emocionales más soterrados y que provoca respuestas entusiastas de generosidad y solidaridad. Efectivamente, un programa de este tipo desmiente la tradicional teoría económica que afirma que a los seres humanos los motiva fundamentalmente su propio interés. Los biólogos saben que no es así. Diversos estudios confirman que la mayoría de la gente participa gustosa en actos de cooperación para beneficiar a otros aunque signifique incurrir en costes personales (dinero, tiempo, etc.).¹

Que los padres favorezcan a los hijos no tiene nada de misterioso. Compartimos con ellos el 50% de nuestra carga genética. Destinarles recursos es propiciar la única forma de inmortalidad que un biólogo puede entender. También es comprensible la solidaridad con los parientes cercanos y con los miembros del propio grupo. Lo que ya no es inmediatamente entendible es la solidaridad o el altruismo con los extraños.

Las pesquisas dedicadas a dilucidar la cooperación humana se centran tradicionalmente en entender ese “misterio”. Para la llamada “hipótesis del gran malentendido” (*big mistake hypothesis*), la cooperación con desconocidos es posible porque tenemos unos mecanismos cognitivos que evolucionaron a medida que los seres humanos descubrieron que colaborar con los extraños resultaba necesario para la supervivencia y la procreación. Nos hicimos más solidarios al volvernos más interdependientes.

¿Qué sostiene, cómo se compensan esas tendencias tan costosas en los individuos? Aunque la socialización sin duda juega un papel muy importante,

¹ Recordemos que España es uno de los países con más donación de productos biológicos, órganos o sangre.



y no son desdeñables los sentimientos de orgullo relacionados con el deseo de buena reputación —como ya explicó Darwin en *El origen del hombre*—, tiene que haber resortes evolutivos que consigan que el comportamiento prosocial sea gratificante: que incluso a individuos poco socializados o aún no socializados les resulte muy satisfactorio dar a los demás. Como los niños. Existen estudios¹ que sugieren que los niños muy pequeños (*toddlers*) muestran más felicidad cuando dan que cuando reciben. Es más, hasta para estos pequeños la recompensa es mayor cuando la generosidad es más costosa. Ofrecer dinero o favores activa las regiones del cerebro asociadas con la gratificación.

Las propiedades placenteras del comportamiento social costoso son el mecanismo más probable para que se desencadene en los humanos esa cooperación. Hasta extremos sorprendentes y contraintuitivos. Diversos estudios aseguran que quienes dan desarrollan sentimientos de vinculación afectiva mayores que quienes reciben. Hasta el punto de que si uno quiere aumentar o mantener el flujo de sentimientos positivos por parte de alguien debe asegurarse de que le haga o le siga haciendo regalos.² Tu amigo no te va a querer mucho más porque le vuelvas a prestar

dinero. Tú sí.³ De hecho, hay trabajos que sugieren que los sentimientos de obligación que lleva implícito el agradecimiento pueden volverse en contra del generoso.⁴ Existe un tenebroso ejemplo del refranero que dice: “¿Por qué me odias si no te he hecho ningún favor?”

Los sentimientos de placer y de gratificación asociados a hacer el bien pueden poner en marcha maquinarias sorprendentes. Se destinan miles de millones de euros, muchas veces sin exigencia de criterios razonados, a ayudar al necesitado. En su libro *Ayuda muerta* (Gota a gota, 2012), Dambisa Moyo afirma que Occidente ayuda a África sin preocuparse por la corrupción que estimula o el hundimiento de los mercados locales que provoca la llegada masiva de mercancías del exterior. “Estamos en la absurda situación en la que el donante tiene una necesidad más grande de donar que el beneficiario de recibir”, asegura.

En cierta manera, *Tiene arreglo* no es un programa para los que piden, sino para los que donan. Y por ello son protagonistas la jubilada de Barcelona que da dinero para la silla de ruedas de una jovencita de Burgos, o el pequeño empresario gallego que

se compromete en pagar el alquiler de un año a la pareja que se ha quedado en el paro. Son personas que sienten la cálida emoción de realizar un acto prosocial producto de largos años de evolución. Por eso, una de sus expresiones más comunes es: “No. Tú me has hecho feliz a mí.”

Vale la pena resaltar que algunos estudios matizan la inclinación generosa. La filantropía es más probable cuando el dador percibe al necesitado como miembro de su círculo moral.⁵ Este puede ser muy próximo: alguien de la comunidad religiosa o del terruño. Otros van mucho más allá haciendo hincapié en la condición humana, incluso de la “especie”. El programa de TVE se alimenta sin duda de la aún existente “trama de afectos” hispana, pues apela de manera recurrente a las complicidades de unos ciudadanos que se sienten parte de un conjunto, aunque no se manifieste siempre de forma explícita. *Tiene arreglo* tal vez nos está diciendo que muchos desencuentros y malentendidos que nos han causado las malas políticas todavía tienen solución. —

MAGIA BIBLIOTECA DEL ILUSIONISMO

LAIA JUFRESA

En el barrio de Salamanca, el más pijo de Madrid, subo por un edificio blanco y curvo que resume, en seis pisos y un Chillida en la puerta, cómo imaginábamos el futuro en los años setenta. Es la sede de la fundación Juan March. En el segundo piso, el elevador hace ping. Avanzo sobre una alfombra verde pasto —siempre hay alguien aspirándola— hasta leer, junto a una humilde puerta de madera oscura: Biblioteca Española de Música y Teatro Contemporáneos. La de Ilusionismo no tiene letrero propio.

Detrás de la puerta, una sala de lectura. Sofás, escritorios, obras de referencia, revistas, el catálogo en computadoras, fichas de papel y un pequeño mostrador en el que uno intercambia su ficha por el libro deseado.

1 <http://www.plosone.org/article/info:doi/10.1371/journal.pone.0039211>.

2 Horan, S. M., y Booth-Butterfield, M., “Investing in Affection: An Investigation of Affection Exchange Theory and Relational Qualities”, *Communication Quarterly*, vol. 58, núm. 4, octubre de 2010.

3 Aunque esto está relacionado más bien con el llamado *sunk cost* o “fondo perdido”.

4 Goei, R., y Booster, F. J., “The Roles of Obligation and Gratitude in Explaining the Effect of Favors on Compliance”, *Communication Monographs*, 72 (3), 2005, pp. 284-300.

5 <http://greatergood.berkeley.edu/pdfs/GratitudePDFs/8McCullough-GratitudeMoralAffect.pdf>

Me pregunto si, así como un escritor aprende a desconfiar de la palabra inspiración, un mago prefiera, para referirse al fruto de su esfuerzo, el más escolar “ilusionismo”. Pero Paz Fernández, directora de la biblioteca, me asegura que son sinónimos: los usuarios se presentan como magos, y a su oficio como magia. Oficio que, como todos, se ha ido especializando. Adivinación, Brujería, Escapismo, Hipnotismo, Grandes Ilusiones, Magia con animales, huevos, cuerdas, monedas, falso pulgar, varitas y un largo etcétera de objetos son solo una muestra de las diversas categorías en la biblioteca. Además, por supuesto, de la magia con naipes, que ocupa gran parte de los estantes.

Hablar de naipes (cartomagia, *close-up* o magia de cerca), es hablar del gran Tamariz. Y si bien su legado es internacional (su baraja mnemónica y la de Aronson son las más usadas en el mundo), Juan Tamariz nació en Madrid, en 1942, y creció entre estos libros. De adolescente, conoció a su mentor: José Puchol de Montís, ingeniero de caminos, coleccionista, mago y encuadernador. Puchol tenía casi mil libros sobre magia, y sabía compartir. Tanto que, en 1988, los donó a la March: así nació la biblioteca.

Cada año, asesorada por Rafael Benatar y Ramón Riobóo (ganadores del premio Arturo Ascanio para magos de cerca) la fundación compra más libros. Sobre todo en inglés, porque es como más se publican. A ratos, esto genera un spanglish particular. Por ejemplo, de un boletín de la Asociación Mágica Aragonesa, 1974: “Saque las cartas del bolsillo de manera que yendo de *top a bottom* estarán así: tres de picas, carta *fake*”. Los hoy casi dos mil libros están accesibles al público, pero se consultan in situ. Mientras en las mesas de otras bibliotecas se apilan libretas y marcadores, aquí bailan las cartas.

El tesoro de la biblioteca es un libro de 1773, de Pablo Minguet e Irol, llamado *Engaños a ojos vistas y diversión de trabajos mundanos, fundada en lícitos juegos de manos, que contiene todas las diferencias de los cubiletes, y otras habilidades muy curiosas, demostradas con diferentes láminas, para que los pueda hacer fácilmente cualquier entretenido*. “El Minguet”, para sus

amigos. Celia Martínez, la bibliotecaria, lo extrae de una caja que extrae de un sobre, para mostrármelo. Con la cubierta de piel marrón curtida por los siglos, y las hermosas ilustraciones del propio autor, la reliquia produce el encantamiento de las momias o los barcos hundidos. No me atrevo a tocarlo. Este fue el primer libro sobre magia que se publicó en español. Y no hace falta pisar Madrid para conocerlo. Basta googlear “biblioteca Sim Sala Bim” porque, con generosos escaneos de alta definición, la biblioteca va digitalizando lo que entra al dominio público.

También hay revistas, viejas y actuales. Puchol encuadernaba las suyas, los tomos son una belleza. Empiezan en 1905, con *Le journal de la Prestidigitation*. Luego otros títulos (*Abracadabra*, *Geni*, *Le Magicien*) se suman y, pasado el lapsus de las guerras, los tomos llegan a los ochenta. Las revistas siempre hablan de la época que las parió. Abro una de 1954 y veo juegos que hoy serían considerados peligrosos (“Mezclar diez centímetros cúbicos de ácido sulfúrico con doce de ácido nítrico y agitar bien”) o ñoños: “Cómo cortar un plátano sin pelarlo”. Este último, por cierto, lo intenté y no me salió. Cualquier mago me diría: vuelve a intentarlo. Repetir un truco ad infinitum es una de sus normas. La otra, me confía Celia, es nunca repetirlo frente al público, menos si este insiste.

En 1971, siete magos, entre ellos Tamariz y Puchol, preocupados por el estado “pobre, triste y bastante poco apreciado” del ilusionismo en España, por la falta de teoría y de metodologías, firmaron el *Manifiesto de la Escuela Mágica de Madrid*. Tenían dos objetivos: mejorar la magia, y hacerla más adulta. Lo lograron. En enero 2014, en el DF se presentó un gran espectáculo de magia, en París 25, en Madrid 54. Y esta sabiduría local, de abrirle espacios al arte de la magia, se nota también en que pueden estudiarse cursos, en escuelas como la de Ana Tamariz, o incluso la carrera en ilusionismo, en el Real Centro Universitario Escorial-María Cristina.

Al salir de la biblioteca noto, en el rellano verde pasto con señora aspirando, unas vitrinas. Exhiben *Rayuela*

en todos los idiomas posibles. Y es que, además de la magia, la música y el teatro, el March tiene —último as bajo la manga— la biblioteca personal de Julio Cortázar. —

DIARIO INFINITESIMAL BIBLIA Y LITERATURA

HUGO HIRIART

Dios ordena a un padre pasar a cuchillo a su hijo más amado. Es absurdo, es tan inverosímil, tan absurdo que no parece inventado, ¿quién inventaría una cosa así? No puede ser porque de este Dios, Dios oculto, la genialidad teológica judía ha descubierto que es santo. Santo. ¿Puede un santo ordenar que se cometa un crimen bestial como este? Pone a prueba la obediencia de Abraham, se especula. Pero este recurso no salva la cuestión porque sabemos ahora que se dan casos que obedecer y solo obedecer, es criminal. El más repulsivo malhechor del siglo XX es el rutinario burócrata cumplido, obediente ante todo, burócrata de campo de exterminio o de Gulag que alega que solo obedece órdenes.

Los enigmas del drama del patriarca han dado, por supuesto, mucho en qué pensar. ¿Por qué no sospeché Abraham que no era, que no podía ser, la voz de Dios la que ordenaba perpetrar la atrocidad? ¿Por qué prescribe que el sacrificio se lleve a cabo tan lejos, a tres días de camino? Hay sabios talmudistas, según parece, que calculan que cuando Isaac caminó al sacrificio tiene ya 37 años de edad, con lo que si este Isaac, un señor fuerte, adulto, barbado, admite que su padre, vacilante anciano de más de cien años, lo sacrifique, se cambia el foco de la escena y nace otro drama, diferente, extraño, grotesco, digno del teatro del absurdo, en el que es el hijo Isaac, víctima dispuesta al sacrificio, y no el anciano Abraham, el verdadero protagonista de esta historia.

Y claro, contamos con la clásica disertación de Søren Kierkegaard en la que se discierne que el drama de Abraham muestra que la religión queda fuera de la esfera de la ética, que el mandamiento religioso no es ni bueno ni malo ni puede



+El sacrificio de Isaac, de Caravaggio.

ser apreciado con los instrumentos que derivan de nuestros sentimientos morales. El pecado, según esto, no es falta contra la ética, sino falta contra Dios. Lo contrario de pecado no es virtud, lo contrario de pecado es fe.

El maestro Erich Auerbach ilumina la patética escena contrastándola con una escena de la *Odisea*. Su propósito es hallar lo característico de la Biblia como literatura.

La anciana ama de llaves, Euriclea, se dispone a lavar los pies de un huésped recién llegado al palacio de Penélope. El huésped que parece un pordiosero viejo es en realidad Ulises, señor de esas tierras, que ha regresado disfrazado a Ítaca. Al lavar la pierna, Euriclea toca una cicatriz y con ella reconoce a su señor. Ulises advierte que el ama lo ha reconocido y le impone silencio.

En ese momento, una serie de más de setenta versos interrumpe el curso de la narración. En ellos se describe ampliamente cómo se produjo esa herida en la caza de un jabalí. Homero no habría podido eludir la explicación de la herida. No podría porque en la *Odisea* todo tiene que, no solo saberse, sino presentarse ante los ojos, verse. La *Ilíada* y la *Odisea* son poemas de la nitidez, poemas de la luz del mediodía. Todo se ve: lugar, acciones, utensilios, la jofaina con agua tibia, por ejemplo, donde Euriclea deja caer el pie de Ulises, emocionalmente por el reconocimiento de su señor.

Todo debe saberse: quién fue el primero en morir, quién es el más viejo, qué quieren los héroes, qué sienten, dónde están. Los personajes exteriorizan sus apreciaciones, propósitos y sentimientos en cualquier momento: Héctor y Aquiles conversan prolijamente antes y después de su combate, sin que lo apurado de la situación descomponga la articulación lógica del lenguaje.

En cambio, cuando Dios llama “Abraham”, ¿me gustaría mucho saber cómo era esa voz?, o tal vez, y es lo más probable, no es voz audible sino que brota del fondo del interior del patriarca. Digo, cuando Dios llama a Abraham no sabemos donde están los personajes ni sabemos qué piensan o sienten, todo es vago, desdibujado, solo sabemos que Abraham responde al llamado diciendo “aquí estoy”.

Cuando “muy de mañana” se dirigen al lugar del sacrificio, padre, hijo, los dos sirvientes, los asnos, avanzan en silencio, ¿por dónde avanzan?, ¿cómo es el paisaje?, ¿qué van pensando? No sabemos, el poema no visualiza, todo es incierto, menos el imperioso mensaje religioso. Imperioso porque el drama de Abraham, su alternativa de admitir o rechazar, no es solo suyo, sino se impone a todo lector que in mente debe resolver la cuestión.

Observemos, como dice Auerbach, que los relatos de la Biblia no buscan

nuestro favor, no nos halagan a fin de embelesarnos, lo que quieren es dominarnos. Estos relatos no son, como los de Homero, una realidad meramente contada, en ellos se encarnan doctrina y promesa fundidas indisolublemente a los relatos. Y precisamente por esto, esos relatos, velados y con trasfondo, albergan sentidos ocultos que reclaman pensamiento e interpretación. En cambio Homero no se puede interpretar, sus cantos son solo refinamiento sensorial, verbal refinamiento que parece tan superior, y que, sin embargo, por comparación resultan muy simples en su imagen del hombre. En la historia de Isaac no solo las intervenciones de Dios al inicio y al final, sino los sucesos intermedios, dan en qué pensar y reclaman interpretación.

Ahora, no solo aparece este drama en la Biblia, aparece en otras literaturas, por ejemplo, en la de los griegos: cuando Agamenón tiene que sacrificar a su hija Ifigenia para que la flota griega pueda zarpar de Áulide. Un delicado estremecimiento nos punza cuando advertimos estas coincidencias literarias, la emoción de estar ante un tema, un asunto, un motivo, con profundidad, con riqueza, de esos con los que se hace la buena literatura. Algo así debe sentir el minero que en la oscuridad de una mina da con una veta.

Y no están solos Abraham y el rey griego en esta ansiedad, los acompañan, por ejemplo, Jefe o Bruto, entre otros, entre muchos otros, todos los que sacrifican a la persona a quien aman para cumplir con un deber ético superior. El terrorista que se hace estallar en un concurrido café para matar a los que ahí están, gente que ni siquiera conoce, pertenece al grupo de los obsesos con deberes éticos superiores.

Deberes éticos superiores. En un poema de esos grandes poetas soldados de la Primera Guerra Mundial, se lee que el ángel detuvo el brazo de Abraham y salvó a Isaac, pero a la guerra de 1914 el ángel no bajó, ni detuvo nada, y Abraham obediente alzó el brazo y lo dejó caer sobre Isaac y lo sacrificó. No fue uno, fueron cientos de miles, millones de Isaacs.

¿Puede haber algo más horrible que estos *deberes éticos superiores*? —